eran una simple muletilla que se usa sin darse cuenta, nó. Eran la comunión espiritual de un alma que ardía en amor del Dios que se encarnó por nosotros y que para nosotros se quedó en la Eucaristía.

Este amor al Dios humanado y al Dios de la Eucaristía me explica muy bien la grandeza de Mossen Sol. Su *divino Jesús Sacramentado* es el que le hizo acometer la gran Obra de los Colegios de San José para los llamados al sacerdocio de Jesús Sacramentado, y para desagraviar á Jesús Sacramentado erigió el templo de Reparación.

Cuantos le oyeron algún fervorín para la Sagrada Comunión pudieron apreciar los ardores eucarísticos de aquel que se exclamaba: «divino Jesús Sacramentado.»

Su vida de apostolado, sus ingeniosidades, aquel pensar en todos y en todo, sin olvidar nada, aquel hacerse de todos para ganar á todos en Jesucristo, ya no me extrañan después de haber oido de sus labios la jaculatoria: «divino Jesús Sacramentado.»

Según dijo un gran pensador, nunca es más grande un hombre que de rodillas ante Dios. Mossen Sol ante el Sacramento, y especialmente en los momentos de la bendición con el Santísimo, era hombre, sí, pero un hombre endiosado.

* * *

Cuantos hemos tenido la dicha de vivir con él vida de familia, nunca podremos olvidar ciertas escenas, tan pequeñas como se quiera, pero que llevan en sí el sello de la grandeza. Hay escenas de éstas que siempre estarán muy presentes en mi memoria. Allá van algunas:

En el refectorio se leían las hazañas del gran García Moreno, de aquel que fué la encarnación del político según Dios. Los heroismos de este gran patriota hallaban eco en el corazón de D. Manuel, haciéndole prorrumpir en una risa temblorosa con amagos de gemidos y sollozos. Reía sollozando y sollozaba riendo.

Si le hacían algún obsequio, y esto era con mucha frecuencia, daba gusto ver el cariño con que lo repartía entre todos. El mismo hacía las partes y las daba á cada uno, entregando, con el algo de ración, un mucho de cariño. A veces, para obsequiar á otros, *ponía alas*, como él decía, á los obsequios de otros recibidos. Dar y recibir para dar, era su encanto.

De las personas que venían á visitarle, pocas eran las que se volvían con las manos vacías. Con aquellas palabras *«¿qué donaré a n' estes animetes?»* dirigía sus pasos al *almacén* de sus cosas y era gusto verle como iba de acá para allá, buscando un librito, una estampa, un crucifijo, un algo para dar. Su *comercio* era de muchos centenares de pesetas al año, y el *giro* era en cifras redondas. *Préstamos* de aquellos que se hacen en la tierra y cuyos *pagarés* sólo surten efecto en el cielo, los pobres de aquí y de muchas partes dirán cuántos tenía.

Y ¿qué extraño que se condoliese de la humanidad paciente, cuando su cariño se extendía también á los mismos animalitos? Con una máquina

cinematográfica se hubiesen tenido ocasiones sin cuento de impresionar bonitas películas. Armado de su inseparable paraguas (que más que de tal hacía de bastón de apoyo), encamínase pausadamente al jardincito, pára-se ante el jaulón que hay en su medio, y buscando algo en su bolsillo, dirige dulces palabras á la tórtola que allí habita. Atraída ésta por la dulzura de su llamamiento y por la visión de lo que le ofrece por entre las mallas de la jaula, picotea lo que torpemente pueden sostener ya aquellos dedos. La actitud de la tórtola parecía decir «¡qué bueno es!» No cambia mucho el cuadro al verle agasajando á los palomos. Acuden ellos presu-

Biblioteca del Colegio, despacho y á la vez sala de visita donde recibía D. Manuel á los de más confianza

rosos, y con su bullicioso saltar y continuo corretear, buscando lo que se les reparte, dan á su manera muestras de gratitud al bienhechor. Al pavo real y á la pava idem el ofrecimiento se hace de mano á pico y dura más y lo que se da es más variado. Y ¿el lorito? Siempre había algo para él. Conocía perfectamente la mano del sacerdote del paraguas. Este escondía un algo que fuere, apretándolo con su dedo corazón contra la mano, le llamaba, y apenas le oía y se daba cuenta de que en aquella mano se escondía alguna cosa para él; enseguida, con su andar tambaleándose, adelan-

taba por el antepecho de la azotea, y haciendo contorsiones con su cuello, pronto su pico daba con lo que había en el escondite.

Y habré de decir basta á mi pluma, porque relatar escenas de esta clase sería el cuento de nunca acabar. Con lo dicho hay de sobra para conocer que el hombre grande ante sus grandes obras, fué grande también en las pequeñeces de la vida íntima.

Y si la verdadera grandeza no se eclipsa en el sepulcro, sino que con la muerte se abrillanta más y más para lucir con los santos en el cielo por eternidad de eternidades, bien podemos creer que Mossen Sol, grande en lo grande y grande en lo pequeño, con la grandeza de los santos, estará ya con ellos en el cielo. A muchísimos les conocía ya por sus nombres y hechos. La lectura del Martirologio la escuchaba todos los días no con solo interés, sino con verdadera devoción. No estaba muy lejos de sabérselo de memoria. El dietario de la diócesis lo sabía de pe á pa. Al ir al cielo, ha ido á ver á sus conocidos.

Leandro Colom, Pbro.,

Profesor del Seminario de Tortosa.

Amores eucarísticos

Para conocer bien á los hombres, hay que estudiarles en su vida íntima, en las expansiones del hogar, en las espontaneidades de la confidencia, donde el alma se trasparenta diáfana y el corazón se abandona sin miramientos á sus propios impulsos. Yo sabía que D. Manuel era un apóstol de la Eucaristía; pero ignoraba que estuviera de ella tan enamorado, que llegase á constituir, por decirlo así, *su pasión dominante.*

Tuve ocasión de conocerlo durante un verano.

D. Manuel se hallaba entonces convaleciente de una grave enfermedad, y los médicos le aconsejaron que se instalara en una casa de campo donde pudiese respirar el aire puro de la montaña. Nada más á propósito para ello que el ermitorio del Salvador, de Onda, que por aquel tiempo estaba bajo mi administración y cuidado. Hay allí frescas aguas, espaciosas y limpias habitaciones, aire puro, temperatura agradable, frondosas arboledas y paisajes encantadores; todo cuanto pueda contribuir al disfrute de esa vida tranquila y apacible que tan bien sienta á los cuerpos enfermos y á las almas enamoradas de la soledad y de los encantos de la naturaleza.

Invité á D. Manuel á pasar conmigo una temporada en el ermitorio, y la invitación fué aceptada, no sin que antes aquel virtuoso sacerdote me

impusiera algunas condiciones que revelaban su discreción y delicadeza exquisitas.

Nos acompañaron también D. Francisco Osuna y D. Juan Estruel, que por entonces no se separaban de su lado un momento.

Vivíamos los cuatro vida íntima; quiero decir que vivíamos como constituyendo una familia. Nos sentábamos á la misma mesa, hacíamos juntamente nuestras excursiones por los montes, rezábamos en común nuestro Oficio y sólo nos separábamos durante las horas consagradas al descanso.

Yo estaba sumamente edificado de tratar de cerca y en la intimidad á aquel virtuosísimo sacerdote. Todavía hoy, al recordar sus palabras, el tema de sus conversaciones, su vida en aquellas montañas, siento hacia él esa veneración en que se tiene á los amigos de Dios, á las almas extraordinarias. No sabía hablarnos sino de la Sagrada Eucaristía, de la humildad de Cristo en el Sagrario, de las ofensas y ultrajes que allí recibe, del amor que le debemos, de lo que sería el mundo sin este Sacramento admirable. Y todo esto lo decía, no en són de plática, ni á manera de conversación mística, sino por modo de paréntesis corto, en forma de comentario breve á una reflexión que nos sugería ó la belleza del campo, ó el burbujeo de una fuente, ó la majestad de la luna al levantarse allá á lo lejos, en el confín del horizonte, como blanca hostia sobre la cresta de una montaña.

Una tarde le pregunté qué tal le parecía nuestra nueva estación veraniega.

—¡Excelente!—me respondió.—Sólo nos falta una cosa para tenerlo todo. Yo creía que se refería á algo perteneciente al servicio de la ermita; pero él me interrumpió señalando con el brazo la puerta de la capilla y dando á sus ojos y á su voz una expresión de ternura inefable: —¡Sólo nos falta que no estuviese vacío aquel Sagrario!

Durante la hora que nosotros dedicábamos á la siesta, D. Manuel bajaba al coro de la capilla, y allí, puesto de rodillas, le sorprendimos no pocas veces fijos sus ojos en el pequeño tabernáculo. Más de una vez me acordaba yo entonces de aquellas palabras: *Tullerunt Dominum meum...*

D. Manuel, después de su enfermedad, pasaba muchas noches sin poder conciliar el sueño, y cuando lo conseguía, era presa frecuentemente de pesadillas prolongadas. Cierta noche, al retirarme yo á descansar, cerca de la madrugada, oí que D. Manuel hablaba; por si le ocurría algo, apliqué cuidadosamente el oido al tabique que separaba su habitación de la mía, y quedé sumamente conmovido: el buen sacerdote estaba soñando, y hasta en sueños tenía en sus labios, entre palabras incoherentes y confusas, el nombre de Jesús y el de la Eucaristía.

Si de la abundancia del corazón habla la boca, D. Manuel lo tenía rebosante de amor á Jesús Sacramentado.

Por eso á mí no me produjo sorpresa saber que había convertido el teatro de la Merced en templo de Reparación, ni que había impuesto á

sus Sacerdotes Operarios la vela semanal ante el Sagrario, ni que proyectaba establecer entre el Clero la Liga Eucarística, ni que fomentaba con ardoroso entusiasmo entre los fieles la Comunión diaria. Todo esto y mucho más esperaba de aquel hombre, todo amor y ternura hacia el Prisionero de los Altares.

¿Puede el fuego del amor dejar de quemar y propagarse, aunque se encierre en un corazón enfermo y bajo una cabeza nevada por las canas de los años?

Juan Villar Domingo, Pbro.,
Profesor del Seminario de Tortosa.

MIS SOSPECHAS

La nota característica de la acendrada piedad de D. Manuel Domingo y Sol ha sido, indudablemente, su devoción ferviente á Jesús Sacramentado. Junto al Sagrario, donde pasaba horas enteras, concibió el ilustre Fundador esas grandes obras que todos admiramos y que llevan un sello marcadamente eucarístico.

De sus *intimidades* con el Dios de la Eucaristía podrían decirnos mucho los suyos; yo, que tuve la inmerecida honra de acompañarle en una de las visitas por los Colegios de España, pude observar algo digno de consignarse.

La afección cardiaca que venía sufriendo D. Manuel se acentuó bastante por aquellos días (Mayo de 1905), haciéndose indispensable el uso de coche para recorrer las ciudades que visitábamos. Apenas podíamos darnos cuenta de los lugares y calles que atravesábamos; pero ya desde un principio llamó mi atención la frecuencia con que D. Manuel interrumpía su conversación, siempre interesante y amena, con jaculatorias y saludos al Santísimo Sacramento. Esto, que tanto me edificaba, engendró en mi *ciertas sospechas*, que ví bien pronto confirmadas cuando, asomándome oportunamente á una ventanilla del vehículo, comprobé una y repetidas veces que aquellas jaculatorias y aquellos saludos coincidían siempre con nuestro paso por delante de alguna iglesia. Entonces dije para mí: «Este varón de Dios *presiente* la real presencia del Augusto Sacramento.»

Así lo creí entonces y continué creyéndolo siempre, sintiendo de veras que el temor de pecar de indiscreto no me permitiera en aquel viaje *curiosear* algunos actos del Reparador insigne, que bien pudieran estar relacionados con sus *intimidades* con el amoroso Prisionero del Sagrario.

Manuel Juan Marco, Pbro.,
Beneficiado de la Catedral de Tortosa.

¡SIEMPRE OCUPADO!...

Lo ví por vez primera en la hermosa ciudad de Barcelona; allí contemplé á nuestro amado D. Manuel Domingo y Sol organizando con incansable actividad nuestra expedición á la Ciudad Eterna, y su recuerdo jamás se borrará de mi memoria.

Después... no le he vuelto á ver; pero sus hijos, los Operarios, que han sido mis padres, levantaron ante mi vista el velo que cubría los secretos de su vida apostólica, y no pude menos de amarle....; ¿quién podrá detener los vuelos amorosos del corazón á la vista del bien?...; sus cartas, saturadas de amor, de amor tierno y efusivo como el amor de un padre; sus cartas, que guardaré siempre como preciosas reliquias, han hablado á mi alma muchas cosas de él...; sus obras, especialmente sus obras, que son obras de un gigante en la viña evangélica, me han hecho siempre admirarlo, lleno de alegría y de santa veneración.

Por eso, al saber que la guadaña de la muerte había segado su preciosa vida, todas las obras de su celo apostólico se agolparon á mi mente, y no pude menos de exclamar: «Ha muerto el justo, el celoso Operario; ya han terminado sus trabajos y ahora comienza á descansar; *requiescat in pace.*»

Su vida ha sido santa, con esa santidad que se labra á los golpes del trabajo; que no al acaso tomó para sí é impuso á sus hijos el nombre de *Operarios*, ni están todos sus Colegios de Vocaciones eclesiásticas patrocinados por San José, el humilde Carpintero de Nazaret.

Como hombre de oración, no podía ser sino amante del trabajo, ya que, al decir de San Agustín, el trabajo es oración. Y por eso, en sus Constituciones recuerda muchas veces á sus hijos la obligación de emplear bien el tiempo, aun el de los viajes y el de recreo; les ordena que en sus visitas á las parroquias nunca rehusen trabajo alguno, para que de ningún Operario se pueda decir que pudo hacer algún bien y no lo hizo; les exhorta, en fin, á que, á imitación de San Alfonso María de Ligorio, renueven diariamente, ya que no el voto, al menos el propósito serio de no desperdiciar ni un momento de tiempo.

Esta era su continua pesadilla, oyéndosele no pocas veces repetir estas sublimes palabras, que encierran todo un tratado de perfección espiritual: «*Nada temo tanto como la cuenta del tiempo perdido.*» Y el trabajo, era de tal manera el ambiente necesario para su vida, que, cuando por especiales razones no podía ocuparse en algo, parecíale estar fuera de su elemento, como el pez fuera del agua; pudiéndose muy bien decir, en frase de la Sagrada Escritura, que como el ave ha nacido para volar, así D. Manuel nació para el trabajo.

¿Qué extraño será, pues, que pudiera llevar á cabo tantas obras, y tan

grandiosas y de tan diversa índole, todas siempre encaminadas á la mayor gloria de Dios, de las cuales una sola bastaría para inmortalizar su nombre?

El buen Operario ha muerto; pero sus obras no morirán jamás, y ellas serán un testimonio perpétuo y fehaciente de la fecunda laboriosidad de su ilustre fundador ó inteligente promotor.

¡Quién lograra la dicha de merecer, á su muerte, una alabanza tan sólidamente cristiana, como la que hoy, en prueba de amor y gratitud, tengo la satisfacción de entrelazar en su corona inmortal, exclamando al contemplar su edificante carrera por este mundo: *¡Siempre ocupado!*....

C. Escribano, Pbro.,
Profesor del Seminario de Cuenca.

ANTE EL SAGRARIO

Nido de eterno amor, dulce sagrario,
árbol bendito cuya sombra santa
á descansar convida
al infeliz que la cansada planta
arrastra por las sendas de la vida.
Cual las aves se acogen á su nido
cruzando en raudo vuelo
el anchuroso ambiente
cuando pintando de violeta el cielo
la tarde destallece en Occidente;
así las almas de gozar sedientas
á Tí vuelan, oh Pan, de vida fuente
que á los ángeles mismos alimentas.
Como de incienso perfumada nube
de aquesas almas la plegaria sube,
plegaria inmensa en que mezclados suenan
ecos de amor, transportes de contento,
sollozos y dolor que el pecho apenan,
inflexiones de negro desaliento
canciones tristes de ilusión perdida,
cuanto vertiendo va hora tras hora
en el humano corazón la vida.....
Tú eres la fuente de aguas celestiales
y por eso á Tí acuden presurosos
á calmar sus ardores los mortales.

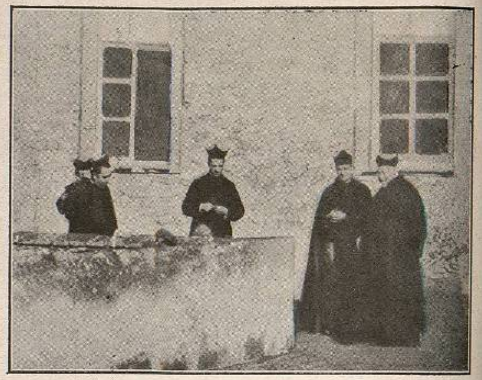
Y si la chispa de tu amor enciende
el pecho del mortal, si tu voz suena
al oido del alma que te busca,
esa alma es una hoguera de amor llena
que por doquier su llamarada extiende.
Por eso hoguera fué su alma gigante...
¡Cuántas veces la paz del santuario
contempló al gran varón cuya memoria
brilla orlada de ráfaga radiante,
postrado ante el Sagrario
en busca del secreto de su gloria!
Gloria de apóstol, triunfos de soldado
de Cristo enamorado,
por Él el bien sembrando por doquiera,
de la gloria de Dios siempre ardoroso
llevando á todas partes la bandera,
jardinero amoroso
de las flores más tiernas del Santuario,
sus glorias y sus triunfos
fueron glorias y triunfos del Sagrario.
Allí estuvo el resorte de su vida;
¿qué extraño que al dejarlos para siempre
templen sus hijos el amargo llanto
que hace brotar la pérdida del padre,
ante la excelsa luz que irradia el santo?

Enrique Vázquez Camarasa, Pbro.,
Profesor del Seminario de Badajoz.

RECUERDO

Los que trataron de cerca á D. Manuel Domingo y Sol, cuya pérdida lloramos, podrán, sin duda, contar muchos rasgos de la virtud que Dios depositó en su hermosa alma. Yo apenas le conocí, pero fué lo bastante para que me inspirara amor con mezcla de veneración y de respeto. Era uno de esos hombres que se conocen á fondo apenas se les trata, porque la sencillez de su alma permite verlos de un solo golpe de vista, sin temor de que la doblez ó el engaño se oculten bajo la capa de la sinceridad y de la virtud. Conocíle en Octubre de 1899 en mi primer viaje al Colegio Español de Roma. Nos recibió á todos los que íbamos destinados á dicho Colegio, en Barce-

lona, en donde nos tenía preparado el hospedaje. Desde el primer momento me dió muestras de un afecto que me pareció singular, y que realmente lo era, por ser en él todo verdaderamente singular, mas no porque su cariñoso afecto no se extendiera de igual manera á la numerosa familia que lo consideraba como padre. Dispuso que yo durmiese en la misma habitación en que él dormía, y de lo que voy á referir sólo él y yo somos testigos. Una de las noches, que quizás fué la primera de las dos ó tres que en aquella ocasión pasé en Barcelona, tuve una cruel pesadilla, durante la cual, como pude después comprender, pronuncié algunas frases que manifestaban aflicción y congoja.



D. Manuel sorprendido en la galería, estando de recreo con los demás Operarios

D. Manuel, al oirme, se levantó de su cama y vino á despertarme con solicitud de madre.—¡Hijo mío, me dijo, ¿qué tienes? yo estoy aquí contigo! ¿qué te pasa?—Nada, respondíle yo, y ciertamente, ya no era nada, porque sus palabras me llenaron de consuelo; eran tan dulces, que creí oir en ellas la voz de mi ángel custodio que velaba por mi sueño.

J. Hernandez, Pbro.,
Profesor del Seminario de Tarazona.

CAMINO DE ROMA

Fué en Barcelona donde por vez primera tuvimos la satisfacción de conocer á D. Manuel Sol.

Habíamos de emprender el viaje á Roma, para cursar allí los estudios eclesiásticos, y el Doctor Sol, como le llamábamos los catalanes, organizaba aquel año, como de costumbre, las expediciones de estudiantes, que á mediados de Octubre salen desde la capital del Principado en dirección al Colegio Español.

Niños todavía algunos de los expedicionarios, llamónos sobre manera la atención la cortesía de aquel venerable sacerdote. Su lenguaje nos tenía embelesados; su condescendencia era casi excesiva, porque no atreviéndonos á acercarnos á él *por respeto*, nos buscaba, á los tímidos sobre todo, y nos hablaba con dulzura.

Nunca habíamos visto la majestad del porte y la sencillez del trato tan bien hermanadas como en aquel santo varón.

Siempre recordaremos con gusto aquellas reuniones fraternales, especie de veladas ó tertulias de familia, que celebrábamos todas las noches en la casa, en que estábamos hospedados, después de rezar el rosario.

Reunidos todos los estudiantes, algunos sacerdotes operarios que iban á Méjico y D. Manuel presidiendo el acto, entablábamos animadas conversaciones. El uno ponderaba las magnificencias y exuberancias del campo de Tarragona, el otro los monumentos prehistóricos de su tierra; un castellano viejo nos describía con gran aparato de detalles la famosa catedral de Burgos, colocándola al lado de San Pedro de Roma, y un leonés ponía reparos á sus exageraciones, afirmando en cambio que como la de León no se pintaban tres. A veces contradecíamos todos á un andaluz por sus extravagancias é hipérboles, á veces el andaluz provocaba risas generales con sus chistes y gracias.

D. Manuel á todos nos escuchaba con gusto. Si se agriaba algun tanto el diálogo, al instante lo endulzaba; si los ánimos se acaloraban, deshacía aquellas pequeñas nubes, y era sobre manera sagaz para prevenir las tempestades. Era el árbitro en todas las disputas, juez inapelable en todas las contiendas. Las partes beligerantes se sometían gustosas á su fallo, porque después de hablar él, con haber quedado antes vencidos, todos salíamos vencedores.

A veces le sitiábamos á preguntas y siempre satisfacía nuestras curiosidades: nunca demostró señal alguna de disgusto por nuestras impertinencias, ni nadie recibió de él desaire alguno.

Sobre el viaje, ¡qué de consejos prácticos nos daba! Encargaba á los jefes de las expediciones que extremaran la vigilancia sobre sus subordinados, á los subordinados que fueran fieles al director de su grupo. Mucho

cuidado, nos decía, en Marsella; alerta al entrar en Italia; en Ventimiglia que se quede uno con los bultos; en caso de perderos, tomad tales precauciones..... y nos enseñaba á chapurrear algunas frases en francés é italiano y descendía á tales detalles y pormenores sobre todas las contingencias y peripecias posibles y probables que pudieran ocurrírsenos, que nada se escapaba á su exquisito talento práctico.

Y nos lo repetía mil y mil veces; mas estas repeticiones eran amenizadas con sabrosos cuentecillos, hechos interesantes, percances de antaño, que eran las salsas más exquisitas con que envolvía sus paternales amonestaciones.

Y nos despedimos de él, tristes por tener que dejarle y comunicándonos mútuamente durante el viaje las gratas impresiones que habíamos recibido de aquel sacerdote extraordinario.

A. Ximenez, Pbro.,
Profesor del Seminario de Tarragona.

UN CONSEJO

Habíamos subido del refectorio acabada la cena.

Después de rezar una breve plegaria en silencio frente á la imagen de la Virgen Santísima que presidía nuestro recreo, y ante la cual ardía de día y de noche una luz, en testimonio de nuestro amor á María, habíamos empezado á pasear charlando como de costumbre.

Aquella noche tuvimos la deseada fortuna de que D. Benjamín pasase el recreo con nosotros. Apenas llegó, nos agrupamos en torno de él. Antes de que desplegara sus labios ya le habíamos conocido en el semblante que quería decirnos algo muy agradable.

—¡Os anuncio una gran noticia!—exclamó.—Todos callamos, dando con nuestro silencio más solemnidad á la interrogación, que sobradamente expresaban nuestros ojos.

—D. Manuel va á venir,—añadió.—¿Cuándo, cuándo?—preguntaron á un tiempo todos llenos de regocijo.

—¡Ah!, eso ya es querer saber demasiado,—respondió—y ante nuestras reiteradas preguntas lo repitió muchas veces, como gozándose en ver que nuestra ansiosa curiosidad y las torturas que padecía nuestro ánimo por no saberlo todo eran una prueba palmaria de que éramos agradecidos, de que éramos buenos hijos.

Y D. Manuel llegó. ¡Qué día aquel en el Colegio! Todos mis antiguos compañeros, los colegiales romanos de entonces, lo recordarán bien.

Nuestros ojos estaban siempre que podían fijos en D. Manuel; de él hablábamos siempre; más que las asignaturas lo estudiábamos á él; sabíamos cuándo había salido, cuándo había ido al Vaticano, cuándo le recibía Su Santidad, cuándo los Cardenales. Yo tuve la suerte de ver un encuentro suyo con el P. Llevaneras, hoy gloria del Colegio Cardenalicio.

—¡Segundo misterio gozoso! la visita de los dos santos—decía un andaluz muy amigo mío, que tenía más de pícaro que de andaluz—¡Qué bien se entendían aquellas dos almas tan enamoradas de la gloria de Dios!

Poco estaba con nosotros, es decir, á *poco* nos sabía; pero procurábamos aprovecharnos mucho. Su porte, su mirada, su acento paternal y dulcísimo, su aire de apóstol que no descansa, su manera de celebrar la santa Misa y singularmente sus pláticas tan de espíritu y tan fervorosas, eran para nosotros otras tantas lecciones. A todos daba estampitas; algunos *sacamos* varias, por malas artes, por supuesto; pero él se complacía en ello. Casi todas eran eucarísticas. La Sagrada Eucaristía era el amor de sus amores; las águilas se distinguen por su amor al sol; los santos por su enamoramiento del Sagrario.

Sus pláticas caldeaban; pero lo que más edificaba era hablar con él. Entonces la veneración y la gratitud y el afecto filial que le teníamos se convertía en fervor, en un deseo muy grande, muy encendido, de ser buenos, de ser apóstoles, como lo era él.

Y vamos al caso. Ello es que un amigo mío, cuyos secretos no lo eran para mí, andaba hacía tiempo muy preocupado estudiando el negocio de su vocación y creyendo que el Señor lo llamaba á estado más perfecto. Su director espiritual y el superior creían que nó. Sus relaciones familiares, su pensión diocesana, su carácter y el conjunto de circunstancias que constituyen la voz fría de la realidad, que no por ser fría es menos *voz de Dios* que los vehementes deseos y los encendidos fervores piadosos, parecían indicar también que nó. Pero ¡eran tan claras las voces internas con que Dios llamaba!...

—Consúltate con D. Manuel—le dijo D. Benjamín.—Y allá se fué mi amigo.

D. Manuel le recibió lleno de afecto, y cuando se enteró del asunto elevó sus ojos á lo alto, como si pidiera á Dios luces, escuchó, preguntó, volvió á escuchar, y después de una breve pausa, poniendo su mano sobre la cabeza de mi amigo y toda la fuerza persuasiva de su autoridad y de su afecto en las palabras, le dijo:

—Mira, hijo, el secreto de la correspondencia á la vocación está en una sola cosa: OBEDECER. Obedece á tus directores, y habrás atinado.

—Ese es mi deseo, D. Manuel, y esa es mi norma. Obedecer á mis superiores por Dios. Pero como son contradictorias sus voces, obedezco siguiendo las indicaciones de la voz más clara, la del superior, mas me consume interiormente no pudiendo seguir la voz que de Dios me parece.

—No digas que son contradictorias, aunque tales las creas. En nego-

cio tan capital, si con corazón é intención pura se acude á Dios, Dios no deja que se engañen sus encargados de guiarnos al cielo.

—Entonces, D. Manuel, ¿serán ilusiones mías....?

—No, *xiquet*, no; yo creo que Dios te llama; y creo también que tienen razón tus superiores, al menos por ahora. Pero para que veas que no hay contradicción en esto, fíjate bien y no olvides lo que te voy á decir.

Dios llama á los jóvenes á la vida religiosa de tres maneras: A unos los llama para que entren y se queden; son los que constituyen los Institutos religiosos; á otros los llama para que entren y se salgan; ¿no conoces la vida del Ven. P. Claret? Y á otros los llama... para que no entren. ¿Te sorprende? Pues esa es una prueba muy cierta de amorosa providencia del Señor; con esa idea el joven vive enfervorizado y observante, atento sólo á Dios, despegándose por Él de todo afecto terrenal, ganando con su deseo grandes méritos, y sobre todo, defendido de los peligros de la juventud.

—Y ¿seré yo de los últimos?

—No lo sé, ni te conviene saberlo. Ponte por entero en manos de tus superiores, y no creas que su voz está en contradicción con la del Señor. Más adelante, ya veremos; tal vez ellos cambien... Tú no tengas voluntad propia.

. . . . . .

Pasaron los años, pero no se mudaron los deseos de mi amigo ni el criterio de los superiores. Hoy es canónigo; á veces me dice que está dispuesto, y que para *quemar los barcos* sólo le falta el siempre negado sí. Yo le contesto: desengáñate; tú eres de los terceros; esos fervientes deseos de ahora sólo indican que hay peligros; ya verás como no te dejan irte.

¿Qué te parece, lector, el consejo de D. Manuel? ¿Te da alguna luz, si eres joven, para entender el estado de tu espíritu? Pues por gratitud y por cariño á aquel gran Director de espíritu, á aquel Padre de los miles de josefinos que hoy lloran su muerte, queriéndole y venerándole aún más, elevemos al Señor una oración por él. Esa oración volverá sobre nosotros convertida en bendiciones.

Leopoldo Eijo Garay,
Lectoral de Santiago.

¡JAMÁS LAS OLVIDARÉ!...

He llorado por D. Manuel. No por su muerte, principio, sin duda, de su gloriosa vida en el cielo, sino por nuestra pérdida... ¡era un apóstol y un santo!

De *apóstol* eran todas sus obras, pero principalmente la magna empresa de fomentar las vocaciones eclesiásticas y restaurar el espíritu y el celo sacerdotal, que emprendió, primero en España y después en América, con sus *colegios josefinos*.

Era un *santo:* ¡santo! sí. Lo he oído decir á cuantos le conocieron y trataron, y por lo que á mí toca, como de santo era la impresión que me produjo siempre su venerable presencia. De esto conservo en mi memoria un recuerdo imborrable. Fué en una de las últimas visitas que hizo al Colegio de Roma. Pasaba yo por la galería principal, donde estaba él con nuestro querido rector D. Benjamín, y como yo, después de saludarles respetuosamente, intentase continuar mi camino, me detuvo D. Manuel; me acercó á sí, díjome unas cuantas palabras y me despidió. Lo que pasó por mí, no sabré decirlo, ni entonces pude tampoco comprenderlo. Yo no sé qué impresión dejarán en el alma las palabras de los santos; pero creo que será parecida á la que las de D. Manuel produjeron en la mía. ¡Jamás las olvidaré!

Julio de la Calle, Pbro.,
Director espiritual y Profesor del Seminario de Avila.

SEGURO CONSEJERO

Quiéronme á entender, no sin gran confusión mía, que acaso podría yo decir algo de mi queridísimo y venerado en Cristo, Padre D. Manuel Domingo y Sol. Aun á trueque de renovar la viva cuanto honda llaga que causó á mi corazón la noticia de su muerte, dí franca acogida á ese deseo, porque no es justo negar así tributo de profunda gratitud como de lágrimas á quien rendí siempre el de especial afecto.

Bien pudiera yo hacer á toda flor en el campo de las virtudes de mi queridísimo D. Manuel. Le conocí de joven, le admiré más adelante y le quise en el Señor mucho; porque fué para mí, de les mil, aquel uno que dice San Francisco de Sales. Con facilidad, repito, podría hacerse un galano ramillete de sus virtudes; mas, aun á mi pesar, cúmpleme ser lacónica, siquiera el pobre corazón sacrifique lo mucho que sabe sentir, en obsequio de la infeliz cabeza, que sabe discurrir menos.

El trato de D. Manuel hacía manifiesta su gran bondad de corazón; su apacible semblante era imán que atraía; sus obras todas esparcían por doquier el buen olor de Cristo; puede decirse que pasó por el mundo, á la manera de nuestro adorable Salvador, haciendo bien á todos. "D. Manuel es bueno para el cuerpo y para el alma", decía en cierta ocasión una devota mujer á quien él había, sin duda, favorecido. Mira-

ba con tanto descuido por sus necesidades, como atendía con solicitud á las agenas. "D. Manuel tiene un defecto, y es dejar en obligación á quien le trata", oí en otra coyuntura. ¡Qué conocimiento tan grande debía de tener del corazón humano! Menudeaba las limosnitas con notable oportunidad.

No es mi intento hablar, en general, de las virtudes que en él observé: sería cosa interminable. Fijaré tan sólo mi atención en el arte que el Señor le concedió de consolar á las almas; mejor diría, en el dón de consejo que el Espíritu Santo se dignó infundir en su alma. Este dón, según Santo Tomás, es una investigación de la razón para formar juicio de lo que se ha de obrar como bueno ó se ha de omitir como malo. Que ejerció él lo bueno y huyó de lo malo, pregónalo la fama popular. Una buena cualidad tiene el mundo, y es que no puede ver imperfecciones en los buenos que á poder de murmuraciones no las vea desterradas. El mundo no le murmuró, porque no tenía de qué hacer presa en esta materia. Profundos, así como inescrutables, son los designios de Dios, tanto de su justicia como de su misericordia; no tendremos de ellos cabal interpretación hasta que seamos trasportados á la verdadera vida de arriba. La suya se deslizó tranquila y serena, al modo de la navecilla que surca los mares en días de paz y bonanza. Fué alma grande, pues tuvo gran caridad. Supo tomar los consejos, supo darlos, supo ejecutarlos. Tenía singular gusto en hacer partícipes de sus cosas á todos los que le rodeaban, oyendo, hasta con humilde admiración, las observaciones que podían hacerle. En cierta ocasión llegué á conocer que se sujetaba al dictamen de otros en cosas muy sencillas.

Un día, visitándonos, dijo había recibido la venia del Superior para la visita; mas como le preguntásemos el por qué de tal permiso en un Superior general, respondió: "Lo he pedido á mi primero y segundo (dando este nombre al Vicesuperior general), ya que éste es de quien recibo consuelo y dirección." Como en la madurez de los años, regularmente, hállase la fuente del consejo, nuestro D. Manuel, parte por la experiencia de la edad, que es maestra de la vida, parte por el dón especial que Dios le concedió, con su sencillez y candor de alma nos alentaba alguna vez diciendo: "Debéis venir á visitarme, porque en mí hallaréis así un enfermo como un consultor." En otra sazón se expresaba en estos términos: "Estoy contento de que hayan seguido alguna vez mi consejo, que siempre les irá bien tomarlo en estos asuntos. Cuando Vdes. puedan, escríbanme, que las cosas comunicadas pesan menos." Atento á que escribo para los de casa, me he atrevido á poner estas frases, que á personas desconocidas podrían parecer desdoros de la santa humildad. Según la doctrina de la Maestra de los sabios, no es humildad no entender que el Señor nos va dando bienes; porque si no conocemos que recibimos, no nos despertaremos á amar.

Todo, en nuestro querido D. Manuel, tenía aire de muy allegado de Dios. Era muy sucinto y decisivo en los consejos: por eso quedaban impresos en el alma. "Haga lo substancial de espíritu, al efecto de procurar la presencia de Dios, que le está rodeando siempre; en lo demás anime el fuego del divino amor con jaculatorias, para adquirir el deseo

Capilla particular del Colegio de Tortosa donde celebraba D. Manuel el santo sacrificio de la Misa

de padecer"; así hablaba á una penitenta suya. Sus palabras tenían tal persuasiva, que hacían gran mella de convicción y serenidad. "No, hija; sí, hija", eran voces que decían ya mucho en su boca. Otras, valíase de la bendición para dulcificar las amarguras de este valle de

lágrimas. Con solo decir: "*Benedictio Patris et Filii*, etc.... *et Sancti Francisci et Sanctae Teresiae descendat super te*.... Todo se pasa, y todo, todo es nada", ensanchaba los apretamientos del alma é infundía alientos para hacer rostro á las dolencias espirituales. Otras veces, decía éstas, no menos eficaces: "Estoy contento... ¿cómo sigue esa almita?... se lo diré á Jesús... bien va, hija, persevere así." Díganlo, sino, las almas que de su boca recibieron tanto consuelo. Hablen las religiosas que bajo de su dirección cursaron el difícil arte de la vida espiritual. Los pequeños negocios de los pobres eran grandes para él, ya que tenía en mucho consolar á un alma redimida con la sangre de Jesucristo. De una carta, trasladaré un parrafillo, que es un hermoso consejo: "Cuando le suceda llegar á la noche cansada, sin ánimo de platicar con Jesús, dígale: Por vuestro cansancio y fatiga, me voy á descansar. Así lo hizo Santa Gertrudis con aquella uva que se comió, y que V. sabe; de otra suerte, se lo contaré. Hoy, en la meditación que siempre la hago del Año Eucarístico, me ha alentado la sentencia de Santa Teresa, ó sea la jaculatoria que contenía: Oh, Señor, bendito seáis, que para amaros no pedís otra cosa sino que os amemos." Abonado estaba el corazón de nuestro queridísimo Padre para brotar eficaces consejos. Bullen en mi memoria muchos, como empeñados en salir á la luz de la publicidad, cual si temieran que su recuerdo pueda quedar en las tinieblas del olvido. Presentes los tiene el pensamiento, como con cariño guárdalos el corazón; porque me son rico venero de virtud, que reconozco yo de justicia al digno finado, á cuya memoria, á título de teresiana agradecida, pago con sentimiento el debido tributo. En lo cual no hago sino seguir el ejemplo de mi Santa Madre, Santa también de la particular devoción de este insigne sacerdote.

En tanto grado estoy poseída de esta verdad, que élla ha de darme licencia para apuntar otros rasgos no menos característicos del dón especial que adornaba su alma. "A D. Manuel se le puede decir todo; su benévola condición le hace apto no sólo á dar consejos, mas también á recibirlos; porque es un alma tan grande como humilde"; así encomiaba un sabio sacerdote las virtudes de esta alma dichosa. Había en él una fuerza de vida y de alegría, que daba paso á la confianza. Nada de solemnidad en su modesto cuanto donoso decir. Unía, á la dulzura de carácter, no menos entereza. Como su norte era en todo la gloria de Dios, la procuraba en cuanto hacía, por más que hubiese de contrariar su bondad de corazón, dispuesta más bien á la concesión que á la negativa. Se le comunicó que álguien pensaba valerse de la influencia de alguno de sus hijos acerca de algún Prelado, para el logro de una prebenda. No contento con la negativa, añadió que antes debía trabajarse en poner obstáculo á la concesión de esa demanda, puesto que la creía perjudicial en quien la procuraba. En una de las últimas entrevistas que con él tuvimos, nos contaba de un sacerdote que le pidió consejo

para ser, ó de la Obra, hija de su corazón, ó de la Compañía de Jesús, pues dependía de su consejo mover la voluntad del joven aspirante. Como el arte de dar consejo pide prudente consulta, no cabe dudar que nuestro acreditado consejero tomaría por blanco la voluntad del Señor, la cual conocida, inclinó al sacerdote á la Compañía de Jesús, creyendo que éste manifestaba más espíritu de San Ignacio que de Operario Diocesano. Más adelante descubrióse en el aconsejado un espíritu propio para cooperar á la obra de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Corazón de Jesús. A título de confianza pregunté á D. Manuel si sentía pena viéndose privado de un miembro tan útil á la Hermandad; respondióme que no, pues no habiendo tenido otra mira sino la voluntad de Dios, quedaba tranquilo. Este divino querer le movía frecuentemente á decir: busquen algún pretexto de gloria de Dios, al intento de que pueda hacerse lo que desean. "La Reparación, escribía, continúa bien y estoy contento; pero mis aspiraciones no están satisfechas. Pida á Jesús que, si es su voluntad, pueda ver una docena de Reparaciones, siendo una de ellas la de..... y otras tantas Cortes de amor y expiación diocesanas."

Este es mi imperfecto rasguño de la fisonomía moral del que tuve en cuenta de varón de Dios, del que fué amadísimo Padre de mi alma por largos años. No es mucho que su muerte haya causado soledad en el corazón. Alivio me será llorarla á los piés de Jesús Crucificado, descansando en las manos de la divina voluntad, haciendo propias las palabras del Santo Job: "El Señor nos lo dió, el Señor nos lo quitó; sea su santo nombre bendito."

Rosalía del Niño Jesús.

El amigo de los pobres

El Eclesiástico llama hombre que hace milagros al que, favorecido por Dios con bienes de fortuna, estima en poco las riquezas y guarda su corazón tan desnudo y despegado de ellas como si no las tuviese. Todo el que haya tratado y conocido á Mossen Sol verá sin grandes esfuerzos que parece se describa la generosidad de su magnánimo corazón. De familia bien acomodada, muy querido de los suyos y sin que nada le faltase, podía agradecer al cielo tales favores y darse muy regalada vida; pero no, su corazón es pobre y vacío de toda clase de afición á las riquezas, y trabaja y vive como pobre y las hace servir únicamente para grangearse lo eterno é imperecedero.

Recuerdo, y hace de esto muchos años, que un señor muy respetable me decía: «Si Mossen Sol se hubiese contentado con ser solamente un buen sacerdote, no habría en Tortosa ninguno de su clase que pudiera darse mejor vida. Pero Mossen Sol sabe que es bienaventurado el rico que, con serlo, no se aprovecha de las riquezas para proporcionarse regalos que puedan dañar la conciencia, y juzga peligrosa lo que se llama buena vida; lo

tiene todo por nada y no le preocupa el mañana, porque sólo en Dios confía.»

Ya no vive mi interlocutor, pero muchas veces he pensado que debió de conocer muy bien á D. Manuel quien con tanta seguridad hablaba de su extraordinario desprendimiento.

Y era tal, que no tengo noticias de que ni siquiera una de las miles de personas que le visitaron durante su vida se fuera sin recibir alguna cosilla. Tenía algunas frases que indican su pasión por dar. Cuando el visitante anunciaba el despido, su frase obligada era: *¿qué 't donaré, xiquet?*, ó *¿qué donarém a esta animeta?* El caso era dar algo, y si por casualidad aquel día no tenía nada disponible, prometía y se consideraba deudor, con derecho á exigirle cuanto antes el pago, hasta con interés y todo.

No recuerdo haberle visto tomar chocolate una sola tarde, entre el sin número de veces que lo presencié, que de la pequeña porción que le daban no hiciera parte á los circunstantes, y así de todos los demás obsequios que el cariño de algunas personas le llevaban como presente para él y sus hijos, y que bautizó con el nombre de *providencia*.

Ponía *alas á* la mayor parte de los obsequios que recibía, y con más gusto si eran delicados, porque decía que no eran para sus paladares.

Su caridad con los pobres fué sin límites. Uno de sus grandes apuros era andar por las calles, encontrarse con los pobres y no llevar dinero en los bolsillos. Nunca despedía al pobre de Jesucristo sin la correspondiente limosna; si no llevaba nada, el acompañante era su limosnero, hasta llegar al Colegio donde saldaba con escrupulosidad todas sus cuentas.

Refieren sus monjas, como él llamaba á las de Santa Clara, que nunca sus nóminas, ni las limosnas que percibía por misas, llegaron á salir del atrio de la iglesia; porque allí solían esperarle, una madre pidiendo para la nodriza, una hija para su padre enfermo, y las más ó menos auténticas inquilinas para que les ayudara á pagar al casero, esto si las mismas monjas no se habían de quedar ya la paga por los anticipos que le tenían hechos. La moneda de plata de 50 céntimos que entraba al convento ya no salía sino por conducto del *Pare* Sol; porque tenían mucho cuidado las religiosas de recogerlas, con el fin de que no fuese tan espléndido con los pobres, pues cuando no tenía medias pesetas las daba enteras y con mucha frecuencia duplicadas.

Es muy difícil dar una idea de su *manirrotura*, si vale la palabra; porque únicamente los que con él estaban pueden saber, y aún no del todo, el sinnúmero de personas que recibían de él consuelo para sí y para sus familias. Es tan proverbial en esta ciudad ese afán por dar algo que sentía D. Manuel, que tres días después de su muerte me decía una señora: «No me ocurriría rezar un Padre nuestro en sufragio de Mossen Sol, si no pensara que cuantos más le mande, más confianza tendrá en pedir al Señor y de más dispondrá para repartir entre las almas del Purgatorio, de quienes era tan devoto.»

Este desprendimiento es tan admirable, que con razón el Eclesiástico lo juzga tan grande como la facultad de obrar milagros. Abundar en bienes de fortuna y tener el corazón despegado de las riquezas, y estimarlas única y exclusivamente en cuanto aprovechen para el cielo, sin el extraordinario favor de la gracia divina, es imposible, y esto... es para mí señal y testimonio de mayor grandeza que el mismo poder de obrar maravillas. Por eso tengo un concepto tan extraordinariamente grande de las virtudes de Mossen Sol, que no me extrañará nada si mañana me dicen que por su intercesión el Señor ha obrado verdaderos milagros.

S. Rey, Pbro.

IV

DIFUNTO

PENSAMIENTO.—El Obispo de Tortosa.

ADHUC LOQUITUR.—J. Corominas, C. Arcipreste.

¡ERA UN SANTO!—F. Roldán, Pbro.

ANIMI PLANGOR (Poesía).—J. Morera.

UNA SIEMPREVIVA SOBRE SU TUMBA.—E. Triviño.

MORT DEL JUST.—Ç. J. Cardó.

SE LO LLEVARON LOS ÁNGELES.—T. Beltrán, Pbro.

EL PADRE.—J. M. Carbó, Pbro.

LA MEJOR OFRENDA.—A. Torres.

UNA FLOR SOBRE SU TUMBA.—Un Josefino.

LO QUE DICEN LAS CAMPANAS (Poesia).—J. B. ALTÉS, presbítero.

PENSAMIENTOS.

¡HUÉRFANOS!—A. Labrador.

PRESENTIMIENTO.—J. Alcaraz, Pbro.

CRÓNICA.

GRABADOS

El cadáver de D. Manuel en la Capilla del Colegio, después del solemne funeral.

La celda donde murió.

Sepulcro de familia en el que interinamente descansan sus restos.

El cadáver de D. Manuel Domingo y Sol
en la Capilla del Colegio, después del solemne funeral

PENSAMIENTO

Lleno de celo por la gloria de Dios y la salud de las almas, ávido siempre del esplendor del culto, protector generoso de la juventud aspirante al Sacerdocio, brilló el Rdo. Dr. D. Manuel Domingo y Sol, como estrella refulgente, en la casa del Señor, y pasó los días de su vida, haciendo bien, edificando con el candor de su humilde palabra, y dejando á la posteridad hermosos ejemplos de virtud que imitar. Sea su memoria ahora perfume de piedad, que embalsame el ambiente que aspiramos.

El Obispo de Tortosa.

ADHUC LOQUITUR

También yo quiero llevar mi humilde grano de arena al monumento que, desde el día de su defunción, se está levantando á la buena memoria del amigo íntimo, sincero y fiel, cuya pérdida lloro, y lloramos cuantos pudimos tratarle á fondo, el inolvidable D. Manuel Domingo y Sol.

Nada he dicho hasta ahora, porque en ciertos trances y circunstancias de esta miserable vida nada encuentro tan elocuente como el silencio.

Los tres amigos de Job que, al saber el estado aflictivo en que se hallaba, se concertaron para ir á visitarle y consolarle, en aquellos siete días que estuvieron sentados en tierra delante del paciente, sin atreverse á hablarle palabra, porque veían la vehemencia de sus dolores, *videbant enim dolorem esse vehementem*, me dicen y me impresionan mucho más con aquel silencio, que con la charla ampulosa en que después prorrumpieron, y que sólo sirvió para añadir aflicción al afligido.

¿Qué podía yo, por otra parte, y qué puedo decir de nuestro llorado D. Manuel, después de lo mucho que se ha dicho y repetido, desde el día de su muerte, para darlo á conocer?

Y no es tarea fácil dar á conocer una vida tan compleja y fecunda en obras de celo como la del Dr. Sol; porque ni las anécdotas, rasgos y hechos aislados, que son perlas arrancadas de su engaste, ni los artículos necrológicos reducidos á estrechos límites, ni la aglomeración de epítetos, superlativos y frases ponderativas alcanzan á tanto. No es figura para poder encuadrarse en marco tan reducido.

Con todo esto no es posible dar á conocer cuanto valía á los que no le hubiesen tratado íntima, constante y confiadamente, y para los que así le hubiesen tratado todo esto es innecesario.

A estos últimos me dirijo, entre los cuales creo, sin presunción, poder contarme. No les diré lo que ellos pudieron experimentar, ver y palpar por sí mismos, sino lo que dijo Dios á Moisés: *«Atiende y obra segun el ejemplar que se te ha mostrado:* Sí, atiende, escucha y obra: ¿qué escucharéis?

Entendidas en sentido místico, bien parece pueden ponerse en labios del difunto Padre y Fundador las palabras que el autor del Eclesiástico pone en boca del hijo de Sirach, con las que da término á aquel sagrado libro:

«Siendo todavía mozo, busqué la sabiduría con mis oraciones. Yo la estaba pidiendo en el atrio del templo, y dije: la buscaré hasta mi último aliento. Ella brotó en mí su flor, como la uva temprana.

Regocijóse con ella mi corazón: mis piés tomaron el camino recto: desde mi juventud iba en seguimiento de ella.

Apliqué un tanto mi oido, y la percibí; y acopié mucha sabiduría en mi mente, é hice en ella muchos progresos.

A aquel que me dió la sabiduría tributaré yo la gloria.

Resolvíme, pues, á ponerla en práctica: fuí celoso del bien, y no me avergonzaré.

Por ella ha combatido mi alma, y me mantuve constante en seguirla. Levanté mis manos á lo alto pidiéndola; hácia ella enderecé el alma mia, y conociéndome á mí, la hallé.

Acongojado anduvo mi corazón en busca de ella; por tanto, gozaré de esta rica herencia.

Acercaos á mí, indoctos é ignorantes, y reuníos en la casa de la enseñanza: ¿Por qué os detenéis todavía? ¿Y qué respondéis á esto, estando vuestras almas ardiendo de sed?

Abrí mi boca para convidaros, y os dije: Venid á comprarla sin dinero, y someted á su yugo vuestro cuello, y reciba vuestra alma la instrucción, pues fácil es encontrarla.

Mirad con vuestros ojos lo poco que me he fatigado, y cómo he adquirido mucho descanso.

Recibid la enseñanza como un gran caudal de plata, y poseeréis con ella inmenso tesoro de oro.

Consuélese vuestra alma en la misericordia de Dios; y alabándole á Él, nunca quedaréis confundidos.

Haced lo que debeis hacer, antes que el tiempo pase; y Él os dará á su tiempo vuestra recompensa.»

¡Ah, sí! *haced lo que debeis hacer*. Vosotros, los que llamais á D. Manuel vuestro padre y fundador, no le perdais de vista: miraos con frecuencia en este espejo. Recordad aquella autoridad paternal que convertía los súbditos en hijos, aquella gravedad jovial y aquella jovialidad grave, que imponía y atraía al mismo tiempo; aquel celo que nunca decía basta, aquella actividad que descansaba trabajando, aquella magnanimidad que no reconocía obstáculos, aquella confianza absoluta en la Divina Providencia, aquel corazón todo dulzura y caridad que á nadie dejaba desairado. Atended y mirad todo eso, y en los lances y amarguras de la vida, en las horas de angustia, en las dificultades que se os presenten, en los estorbos que se os pongan al paso en el cumplimiento de vuestra misión, atended y escuchad, y hallaréis que..... *defunctus adhuc loquitur.*

Juan Corominas, Pbro.,
Can. Arcipreste de Tarragona.

¡ERA UN SANTO!...

De piden unas líneas como homenaje á la ilustre memoria del varón insigne, cuya muerte llora hoy la Hermandad de Operarios Diocesanos, lloramos todos los que hemos pasado los mejores años de nuestra vida cobijados bajo el manto del bendito Patriarca San José, y sienten cuantos tuvieron el consuelo de conocer al Doctor Sol y admirar de cerca aquel espejo de sacerdotales virtudes; y yo, que podía escribir todo un libro de lo que siento acerca del venerable sacerdote, gloria de España y prez de la ilustre ciudad de Tortosa, en estos momentos de angustia y aflicción, apenas sé decir otra cosa que *¡era un santo!...*

En su semblante exterior, yo no me lo imagino más dulce, más venerable, más atractivo, más revelador de un alma grande, llena de Dios, en un San Alfonso M.ª de Ligorio, en un San José de Calasanz, en un San Felipe Neri, en un Beato Bernardino Realino... en todos esos santos cuyo exterior dulce, suave, apacible, es proverbial en la Iglesia, y abona bastantemente para poder decir el que contempla sus venerandas imágenes: *¡era un santo!...*

Y el que, después de haber visto á D. Manuel Sol, hubiera tenido la

dicha de tratarlo, aunque no más que á la ligera, hubiera salido de su presencia diciendo para sí: *¡es un santo!...*

¡Qué dulzura de palabras! ¡Qué trato tan cariñoso y exquisito! ¡Qué tolerancia con las imperfecciones de los demás! ¡Qué fuego tan suave y penetrante tenía aquella conversación, para encender en el amor de Dios á los corazones más fríos! ¡Cómo movía á seguir sin desmayos ni fluctuaciones la virtud! ¡Cómo estimulaba á empresas árduas y difíciles, para la gloria y la salvación de las almas! ¡Cómo hacía levantar los ojos al cielo y pensar en el negocio de los negocios, en el interés de los intereses, en el interés y negocio del alma, con aquella frase que apenas se caía de sus labios: ¿Cómo va esa *animeta*?

Y esto, en su trato ordinario y familiar; que cuando Mossen Sol hablaba á sus *xiquets*, á sus *hijitos* de San José; cuando, con uno ú otro motivo, les dirigía la palabra en la capilla para exhortarles á la virtud y á la piedad, ¡ah! ¡qué pláticas aquellas!... *Omnis homo profert de thesauro suo*, y D. Manuel Sol, lleno de Dios, como manantial que se desborda, echaba de sí todo un río de divina elocuencia, que inundaba los corazones de sus colegiales, depositando en ellos fecundos gérmenes de todas las virtudes, que bien pronto se manifestaban en santos propósitos, en generosas resoluciones; y, movidos por la palabra del santo y los mimos y caricias del padre, salían de la capilla comentando entre sí: ¡qué bueno es! *¡es un santo!...* é interiormente, con más convicción, si se quiere, pronunciaban: ¡no hay remedio, tengo de ser bueno!...

Y si el espacio de que dispongo lo permitiera, yo hablaría del espíritu interior de este hombre verdaderamente de Dios. Yo diría algo y aún mucho de su humildad profunda, de su caridad ardiente, de su fe inconmovible, de su infatigable celo, de su pasmosa laboriosidad, de su imperturbable paz y alegría, de su constante presencia de ánimo, de su devoción tiernísima al Corazón de Jesús Sacramentado, á la *Mare de Deu* y á San José.... y creo firmemente que cuantos hayan conocido á Mossen Sol habrían de asentir á ello, y los que no hubieran tenido esa suerte habrían de exclamar profundamente convencidos: *¡era un santo!...*

Que si después hubiera de referir los apostólicos trabajos de varón tan eximio, las grandes obras por él realizadas para la mayor gloria de Dios, ¡ah! entonces sí que aparecería verdaderamente gigantesca la figura del Doctor Sol; gigantesca, sí, pero con la grandeza de los santos: pequeños en cuanto estriban en su humildad, grandes, muy grandes, por su confianza sin límites en el poder de Dios, ante el cual se inclinaban y del cual no eran sino dóciles y fieles instrumentos.

¡Sí, D. Manuel Domingo Sol *era un santo!...*

Federico Roldán, Pbro.,
Profesor del Seminario.

Sevilla 7 de Febrero de 1908.

ANIMI PLANGOR

Summo mirifice victor in exitu
discrimen superans corporis inclytum,
felices animus transvolat ætheris
aulas perpetuo datas?

Claris præ meritis ora dehiscere,
fluxi vestibulum temporis incipit;
cum justum, aligeræ pacis ut angelum,
virtutis manus advehat.

Non ullum reducem sic dedit halitus,
effusus soboles inter amabiles,
ut tutum superis vita, patentibus
exemplis, retulit patrem.

Ergo nos lacrymis prosequimur piis
decessum? rutilans is jubar extitit!
cum lux occiduo mulserit osculo,
cœlum terraque competunt;

Concessum veluti gentibus angelum,
dum sedes repetit, corda requirerent,
ut divo socium non semel omine
largus præstiterit Deus.

Miræ nobilitas vera potentiæ,
complens præcipiti fortis in agmine
assumptum Domino præ reliquis genus,
ullum claret honoribus.

Qualem, multiplici pressa coronide,
clarabunt patrem opus, vita, fidelitas?
qualem Christisequis norma juvenculis
custodem tulit æquior?

In sæcli tremitum firma, nitentior,
sublimi auspicio lucesque veritas
versantes animos quando tenerrimos
duxit consilio pari?

Nec clathro subiens concidit alcyon
ni poscat columen dulciferum sonum;
sublimes animæ necubi personant
ni reddant simili melos.

His hymnis resonant omnia. Sanctitas
dilectas soboles alloquitur patri;
illa non periens progeniem fides
patris lustrat et actio.

Ast heu! vis placidum deposuit senem,
amplexu socians corporis umbrulam,
ac fœto levior spiritus ætheria
haud segnis merito advolat.

Jamque orbatus amor nectere gratiam
luctumque interitus tristior advenit,
ac firmo soboles sub patre vinculo
summis infima nectere.

Ac dum corda linent mæstitiâ genas,
cultum cum precibus credere fletui
hoc dat, suppeditans justitiæ decus
fel dulcedine congeri.

Joseph Morera,
P. COLLEGII HISPANICI ALUMNUS.

UNA SIEMPREVIVA SOBRE SU TUMBA

„..... Quedóle al suelo
luto en el corazón, llanto en los ojos.„

Una de las cosas más fecundas en saludables enseñanzas es el estudio de la vida y de los hechos que los héroes de la virtud cristiana han llevado á cabo.

Y entre esos hechos, ninguno tan culminante como el tránsito del tiempo á la eternidad.

¡La muerte de los justos!

¿Quién podrá abarcar, de una sola mirada, todas sus revelaciones? Es, para el que muere, un desprenderse de los brazos de la carne para

caer en los de Dios; un trocar los bienes perecederos del tiempo por los inmutables de la eternidad; es descorrer el velo tupido que ocultaba horizontes infinitos de luz esplendorosa y lanzarse á velas desplegadas por el mar sin orillas de una felicidad interminable, enjugar las lágrimas que arrancaron á los ojos las tribulaciones y los azares de la vida presente y ensanchar los senos del corazón en la embriaguez divina de aquel amor y de aquella bienandanza que el poeta de los Novísimos no llegó mas que á presentir:

«Luce intellettual piena d' amore,
Amor di vero ben pien di letizia,
Letizia che trascende ogni dolore.»

Es, para los que permanecen en la tierra y saben apreciarla, escuela donde se aprende la virtud, faro esplendoroso que marca al asendereado caminante los derroteros que guían á la posesión del bien absoluto, promesa divina que alienta en los desmayos, voz misteriosa que enseña á sufrir y esperar, grito de alarma contra la negligencia que dilata siempre el principio de una vida de perfección y recuerdo eficaz y decisivo en el momento supremo de la lucha contra los enemigos del alma.

Estos sentimientos embargaron nuestro ánimo al recibir la noticia de la muerte de *Mossen Sol.*

Al declinar este astro de primera magnitud que brillaba en el firmamento de la Iglesia española, quisimos abarcar de una sola mirada la ráfaga luminosa que había dejado á su paso entre los hombres en la dilatada carrera de los 73 años que ha existido, y acudió á nuestra memoria un epitafio que hemos leído muchas veces en un artístico mausoleo de una iglesia de Roma: *«Virtute vixit, memoria vivit, gloria vivet.»*

Porque, aunque pasemos por alto las muchas obras de celo á que se consagró casi desde el momento de su ordenación sacerdotal (1860), dió ser y vida á dos tan notabilísimas, que se alzaron ante nuestra consideración con toda su imponente grandeza y nos revelaron la del alma que las supo concebir y ejecutar.

Y es que, cuando el verdadero amor de Jesús se apodera de un corazón y lo llena y lo impulsa en todos sus movimientos, se manifiesta de dos modos: en el celo por la gloria de Dios, que hacía exclamar al Profeta: *«Zelus domus tuæ comedit me et opprobria exprobrantium tibi ceciderunt super me»*, y en el ardiente deseo de salvar las almas redimidas con la sangre de Jesucristo.

Y porque el amor de Jesús era grande en el pecho de *Mossen Sol,* el anhelo de reparar las ofensas que contra el Señor cometen los que no le aman le sugirió la idea de los templos de Reparación erigidos en Méjico y en Tortosa, la fundación de la Adoración Nocturna en muchísimos pueblos de la misma diócesis y de la Sección de Camareras de Jesús Sacramentado, y le hizo á él mismo constituir en la Sagrada Eucaristía el centro de su propia vida y el objeto de su predilección.

El deseo de salvar las almas es, por decirlo así, la clave que explica la vida de este hombre extraordinario.

Y así como la malicia refinada excogita los medios más aptos para apurar hasta las heces la copa que contiene la quinta esencia de los placeres vedados, este nobilísimo sentimiento del alma de *Mossen Sol* excogitó

Celda de D. Manuel tal como estaba cuando él murió

el modo de cooperar á la salud de los hombres de una manera trascendental y segura. Sabía muy bien que el ejemplo del sacerdote es para el pueblo la norma del obrar, y en la formación de los ministros del santuario colocó su mayor empeño.

A este fin altísimo hizo servir todo cuanto tenía: su fortuna, sus ami-

gos, su tiempo, su trabajo y su salud, y bien pronto en Tortosa, Valencia, Murcia, Orihuela, Almería, Burgos, Cuenca, Plasencia y Lisboa hubo para los pobres que se sintieran con vocación al estado eclesiástico centros donde pudieran ser recibidos gratuítamente muchos y casi gratuítamente todos, para sólo atender á su perfección de seminaristas y futuros sacerdotes, y en la primera de dichas ciudades una casa matriz, para que sea un verdadero plantel de maestros en la formación del espíritu sacerdotal.

La fundación de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos es la grande obra de *Mossen Sol*, quien, antes de partirse á la morada de los justos, ha visto los frutos innegables, frutos reconocidos por el Episcopado español y de la América Latina.

Añádase á cuanto precede la fundación del Pontificio Colegio Español de Roma, llevada á término á costa de los enormes sacrificios pecuniarios de *Mossen Sol*, quien tuvo que sufrir en cambio mil sinsabores, en los que no sabía encontrar otro consuelo que ir á ofrecerlos á Jesús en largas horas pasadas delante del tabernáculo.

Mossen Sol ha podido morir con el corazón lleno de la dulce esperanza de que, en esta amada patria nuestra, antes de que los delirios de hombres insensatos lleguen á pervertir por completo la pública opinión, antes que la defección religiosa llegue á consumarse, él habrá echado las bases de una verdadera regeneración social que será llevada á cabo por sacerdotes apostólicos salidos de los Colegios que él levantó para los pobres, de los Seminarios que sus hijos dirigen y de aquellas clases inferiores de la sociedad, que, mal encauzadas, producen siempre á los desalmados, los revolucionarios y los asesinos; y, bien educadas, á los modelos de virtud, los héroes de la abnegación, los santos.

Dejemos que los hijos del desorden depositen sobre la tumba de sus difuntos coronas de siemprevivas; sobre la tumba de *Mossen Sol* no hay más que ésta, que entretegieron sus obras admirables.

Pero... ¡qué diferencia!

La siempreviva natural, *la flor de los muertos*, es una flor macilenta y sin aroma; la siempreviva que adorna el sepulcro de *Mossen Sol* tiene matices suavísimos y exhala un perfume imperecedero.

Enrique Triviño,

Colegial de Roma.

MORT DEL JUST

Ecce quomodo moritur iustus.

CALLAU. L' hora suprema avuy m' arriva;
del cos retut ja sent l' últim embat
dementre veig en la llunyana riva
llúir l' eternitat.

En sópit falliment la carn se dona
mes no m' aterra sa mortal dolor,
puig ja vibrant, dins l' esperit brotona
la célica claror.

L' auba pura esclatant del etern día
transfigura l' esprit en llum suau
que del destí esclareix la fosca via...
Deu es aquí. Callau!

Deu es aquí. A sa potent mirada
defalleix mortalment el baix sentit
mentre l' encís de sa claror daurada
encela l' esperit.

Sa viva llum qu' eternament fulgura
tot l' avenc del meu cor ha penetrat
com sol que en fendre la calitja impura
refá 'l mon ensonyat.

Y naix la gran visió. Tots els meus dies
brillant en un sol punt mostren al cor
el premi de ses penes y alegries,
la gloria del dolor.

Immens moment! Ta excelsa clariana
els jorns viscuts m' arrodoneix en un...
y sent d' aprop aquella veu llunyana
que 'm deya: amunt, amunt!

O sí, sí, amunt! Un cop que l' he sentida
ja no 'm puc deixondar de son encís;
es l' atracció del Infinit que 'm crida,
es lo seu dols somrís!

Rera seu pujo ab cántics de victòria
mentre en agónic bleix mor lo cos meu...
Veuselaquí... Adorem! O Deu! O glória!
Amics, germans: Adeu!

. . . . . .